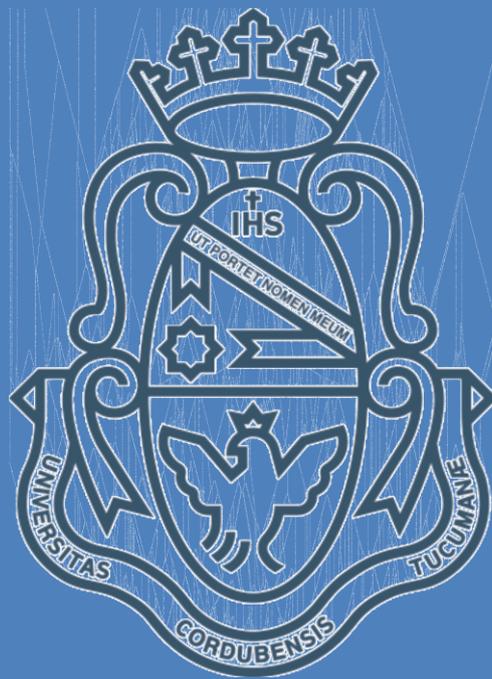


EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XVII JORNADAS
VOLUMEN 13 (2007)

Pío García
Luis Salvatico
Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



El “principio de conexión” de Searle y la noción psicoanalítica de estado mental inconsciente

*Julio Sotelo**

1. El principio de conexión (PC) y la noción de estado mental inconsciente (EMI)

Searle (1992, 1995) ofrece un análisis disposicional de la noción de EMI (estado mental inconsciente), basándose en lo que él denomina “Principio de Conexión” (PC) que afirma que existe una conexión entre conciencia e intencionalidad, del siguiente modo:

sólo un ser que pueda tener estados intencionales conscientes puede tener estados intencionales y todo estado intencional inconsciente es, al menos potencialmente, consciente.

Aunque PC se justifica en el capítulo 7 de “El redescubrimiento de la mente”, se introduce previamente en el capítulo 6, donde enuncia doce rasgos estructurales de la conciencia. Entre ellos son 3 los que interesan.

El rasgo 3 es el de la intencionalidad, que señala que la mayor parte de la conciencia es intencional: “...la conciencia es, efectivamente, conciencia de algo y el “de” en “conciencia de” es el “de” de intencionalidad” (p. 140).

El rasgo 4 es el del sentimiento subjetivo: “La discusión de la intencionalidad lleva de manera natural al sentimiento subjetivo de nuestros estados conscientes” (p. 140) y agrega que la subjetividad es responsable del problema filosófico que plantea la conciencia. Para entender mejor esto veamos algunas distinciones realizadas por Searle. En primer lugar distingue entre subjetividad epistémica y subjetividad ontológica. Decimos que ciertos juicios, como “Van Gogh es mejor artista que Matisse”, son subjetivos porque su verdad o falsedad no es una cuestión de hechos, sino que depende de las actitudes, sentimientos y puntos de vista de quienes afirman y escuchan el juicio. En contraste, juicios como “Matisse vivió en Niza durante el año 1917”, es un juicio objetivo, puesto que su verdad o falsedad está dada por ciertos hechos del mundo que son independientes de los sentimientos y actitudes de alguien respecto de ellos. Cuando se habla de la subjetividad de la conciencia, el término “subjetivo” no refiere a una categoría epistémica, sino a una categoría ontológica. Así, el enunciado “Tengo un dolor de espalda” es objetivo en el sentido de que será la existencia o no de un hecho real lo que hará al enunciado verdadero o falso. Pero el hecho mismo, el dolor referido en el enunciado, tiene un modo subjetivo de existencia. Esto último significa que: (a) para que algo sea un dolor, debe ser un dolor de alguien, y en un sentido más fuerte que el que utilizamos cuando decimos que una pierna es de alguien; mientras que los trasplantes de pierna son posibles los trasplantes de dolor no; esto significa que (b) el modo subjetivo de existencia es una existencia para-la-primera-persona: el dolor no es igualmente accesible a todo observador; finalmente, esto tiene la consecuencia que (c) las formas conscientes de intencionalidad que ofrecen información sobre el mundo siempre son desde un

* UNC

punto de vista: aunque el mundo no tiene ningún punto de vista, mi acceso consciente a él a través de mis estados conscientes siempre se da desde mi punto de vista.

Luego del sentimiento subjetivo de la consciencia, Searle enuncia el rasgo 5, que consiste simplemente en afirmar la conexión entre consciencia e intencionalidad, tal y como quedó expresado más arriba.

En el capítulo 7, Searle elucida la noción de EMI en base a la relación que tiene necesariamente, según él, con la consciencia. Claro, para afirmar dicha relación apela a PC – expresado en el quinto rasgo de la consciencia-, pero dado que en el capítulo anterior aparece totalmente injustificado, Searle ofrece ahora el siguiente argumento en favor de este Principio:

1. Sólo la intencionalidad intrínseca es genuinamente mental.
2. Los EMIs son intrínsecamente intencionales.
3. Los estados intrínsecamente intencionales siempre tienen aspectualidad.
4. La aspectualidad no puede caracterizarse de manera exhaustiva sólo en términos de predicados de tercera persona, conductistas o neurofisiológicos.
5. Pero la ontología de los EMI, en el momento en que son inconscientes, consiste únicamente en la existencia de fenómenos puramente neurofisiológicos.

Por lo tanto,

6. La noción de estado intencional inconsciente refiere a un estado que es un posible estado consciente.
7. La ontología del inconsciente consta de rasgos objetivos del cerebro capaces de causar pensamientos conscientes subjetivos.

Las premisas 4 y, sobre todo, la 5 juegan aquí un rol esencial en el argumento de Searle y sólo más abajo diremos por qué podrían resultar ser cuestionables.

2. Crítica a la noción psicoanalítica de EMI

En base a PC Searle analiza la noción psicoanalítica de EMI. Si bien él considera aceptable la noción psicoanalítica de estado mental inconsciente (Searle, 1995) por ser compatible con PC – un EMI es potencialmente conciente-, rechaza uno de sus supuestos característicos por considerarlo incompatible con PC.

Según Searle, para Freud un EMI sería como un estado mental consciente, con aspectualidad, sólo que sin la conciencia. Pero esta noción sería incoherente por diversos motivos. En primer lugar, confunde la capacidad de aquellos estados del cerebro que constituyen estados mentales inconscientes de manifestarse en estados mentales conscientes, con la manifestación de dicha capacidad. Afirmar que para que los EMIs sean mentales deben tener aspectualidad también allí en su ser inconsciente, sería como afirmar que para considerar que un frasco de veneno en la alacena tiene veneno, su contenido debería estar matando a alguien todo el tiempo.

Los EMIs son procesos cerebrales que, en tanto mentales, tendrían intencionalidad intrínseca y por ello aspectualidad; pero dado que la aspectualidad no se presenta en el cerebro y tampoco puede determinarse a partir de criterios objetivos (conductistas o neurofisiológicos), la única manera de entender los EMIs es como procesos cerebrales que, como tales, no manifiestan aspectualidad, pero en tanto mentales son el tipo de procesos cerebrales que tiene la capacidad de producir estados cerebrales con aspectualidad: los estados conscientes. Postular estados mentales

inconscientes y con aspectualidad, va en contra de lo que sabemos del cerebro: que no presenta aspectualidad. Éste sería el supuesto erróneo en la concepción psicoanalítica de EMI: que los estados mentales tienen aspectualidad aún siendo inconscientes, lo que contradice la premisa 5 del argumento a favor de PC.

Una respuesta a la crítica de Searle podría argumentar que no es que los EMIs tienen la disposición a manifestar aspectualidad, o la capacidad de provocar estados mentales conscientes con aspectualidad, sino que ya en su estado inconsciente son intencionales y manifiestan aspectualidad, sólo que tal aspectualidad no es accesible a la consciencia.

Sin embargo, Searle insiste que este planteo entiende la consciencia según el modelo de la percepción y esto es erróneo: en los casos en que soy conciente de algo, cuando quito la consciencia no me puedo quedar con el algo, al modo en que cuando a la percepción de un objeto le quito la percepción sí me quedo con el objeto percibido. En el caso de la consciencia el acto y el objeto no pueden distinguirse uno de otro y si quito uno cualquiera de ellos me quedo sin el otro. Por lo tanto, cuando al estado consciente subjetivo y con aspectualidad le quito la consciencia no me puedo quedar con un estado que conserve su aspectualidad como propone Freud.

3. Una defensa de la noción psicoanalítica de EMI

En síntesis, Searle argumenta a favor de PC y luego en contra de un supuesto clave en la noción psicoanalítica de EMI –que siendo inconscientes, son intrínsecamente intencionales y con aspectualidad, no meramente capaces de producir estados mentales con aspectualidad. Su argumento general tiene la siguiente forma: Si PC es correcto entonces la noción psicoanalítica de EMI es incorrecta; dado que considera que PC es correcto, luego, la noción psicoanalítica de EMI es incorrecta. Pero, como se sabe, el modus ponens de una persona puede ser el modus tollens de otra. En lo que sigue nuestro argumento tendrá la siguiente forma general: si PC es correcto entonces la noción psicoanalítica de EMI es incorrecta. Pero, dado cierto argumento en favor de que la noción psicoanalítica de EMI no es incorrecta, concluiremos que PC no es correcto.

En primer lugar (§3.i) propongo un argumento a favor de la corrección de la noción psicoanalítica de EMI como siendo estados inconscientes y con aspectualidad, señalando además el supuesto que considero erróneo en el argumento a favor de PC. Ya con esto se puede concluir que PC queda sin justificación. Pero además, propongo un apoyo adicional independiente a la corrección de la noción psicoanalítica de EMI (§3.ii) por medio de un argumento basado en investigaciones empíricas en neuropsicoanálisis y de fenómenos de priming.

3.i. Intencionalidad y subjetividad

Partiendo de un argumento freudiano sobre los EMIs considero que existe una manera de concebir, de acuerdo a la noción psicoanalítica, a los EMI como poseyendo aspectualidad sin violar PC. Utilizando las propias distinciones de Searle, dicha concepción afirmaría que, aunque no posea ni una ontología subjetiva, ni un acceso epistémico objetivo de tercera persona, la aspectualidad de los EMI, su intencionalidad intrínseca “manifiesta” –no potencial- sería, sin embargo, una cuestión objetiva, de hecho.

El argumento de Freud es el siguiente:

El psicoanálisis nos obliga, pues, a afirmar que los procesos psíquicos son inconscientes y a comparar su percepción por la consciencia con la que los órganos sensoriales hacen del mundo exterior. La hipótesis psicoanalítica de la actividad psíquica inconsciente constituye en un sentido una continuación del animismo primitivo que nos mostraba por doquiera fieles imágenes de nuestra consciencia, y en otro, como una extensión de la rectificación, llevada a cabo por Kant, de la teoría de la percepción externa. Del mismo modo que Kant nos invitó a no desatender la condicionalidad subjetiva de nuestra percepción y a no considerar nuestra percepción idéntica a lo percibido incognoscible, nos invita el psicoanálisis a no confundir la percepción de la consciencia con los procesos psíquicos inconscientes objetos de la misma. Tampoco lo psíquico tal como lo físico necesita ser en realidad tal como lo percibimos. (Freud, 1915, p. 2054).

Siguiendo esta línea de razonamiento, que concibe los EMIs como cosas-en-sí cuyos aspectos podrían resultar ser incognoscibles, los estados mentales inconscientes podrían ser diferentes de los conscientes, como de hecho sostiene Freud, entre otras cosas, por el hecho que carecen de subjetividad y no por el hecho que carezcan de intencionalidad intrínseca y aspectualidad manifiesta.

¿Cuál es el supuesto que considero erróneo en las argumentaciones de Searle? Aquél que afirma que la intencionalidad “lleva de modo natural a la subjetividad”, como si esto significase que intencionalidad es igual a subjetividad; lo cuál, además, queda luego implicado en el hecho de considerar que la subjetividad es el rasgo esencial de la consciencia. Así, dada la “relación natural” de la intencionalidad con la subjetividad y de esta con la consciencia, por transitividad, es “natural” la relación de la intencionalidad con la consciencia. No pretendo rechazar todos estos pasos, sino tan sólo lo que hay implicado en el primer supuesto. Es el primer supuesto el que impide pensar en estados intencionales sin subjetividad. Si intencionalidad y subjetividad son equivalentes, y si subjetividad y consciencia son inseparables, es claro que si no hay consciencia subjetiva, no hay intencionalidad. Una vez planteadas así las cosas, la “única” manera de salvar la mentalidad de los estados inconscientes es que sean disposicionalmente subjetivos y conscientes.

Sin embargo, otra manera de salvar la mentalidad del estado inconsciente, es rechazar que la intencionalidad y la subjetividad sean cosas idénticas y aceptar que un estado pueda ser mental – intrínsecamente intencional- sin ser subjetivo -ni, por lo tanto, consciente.

Según esta concepción, los EMIs en tanto mentales poseen intencionalidad intrínseca, en tanto inconscientes carecen de una ontología subjetiva y, en tanto procesos cerebrales, sus rasgos de aspectualidad carecen de una caracterización por medio de predicados de tercera persona; sin embargo, en contraste con la concepción de Searle, la imposibilidad de su acceso epistémico objetivo no implica necesariamente la imposibilidad de su existencia objetiva (como parece implicar 5).

En síntesis, lo que defiendo hasta acá es que la noción psicoanalítica de EMI es una que refiere a ciertos estados cerebrales sin subjetividad, pero con intencionalidad intrínseca y aspectualidad. Ahora bien, ¿que razones tendríamos para postular EMIs que, careciendo de una ontología subjetiva, sigan proponiéndose como existiendo objetivamente como intencionales, aún cuando tampoco tengamos un acceso epistémico objetivo directo a este aspecto de su ontología?

3.ii. El neuropsicoanálisis y los fenómenos de priming

Un equipo de investigación en el área del neuropsicoanálisis (Shevrin et al, 1996) realizó el siguiente diseño experimental para poner a prueba la hipótesis de la existencia de psiquismo inconsciente y de su instanciación cerebral.

Un conjunto de psicoanalistas entrevistó a un cierto número de pacientes siguiendo su método clínico característico. Luego, siguiendo todos los supuestos de sus teorías clínicas, psicopatológicas y el método de interpretación, los expertos procedieron a la selección de palabras del discurso de los pacientes que eran representativas del conflicto inconsciente subyaciendo a sus síntomas (palabras U). Luego seleccionaron el conjunto de palabras del discurso del paciente que mejor describía su experiencia consciente del síntoma (palabras C). Finalmente, se procedió a exhibir mediante un taquitoscopio las palabras U y las palabras C, junto con otras palabras de control, tanto de forma subliminal como de forma supraliminal, al tiempo que se registraban sus respuestas cerebrales -potenciales evocados- por medio de electrodos ubicados en zonas del cráneo correlacionadas con la detección de actividad cerebral implicada en el procesamiento semántico de palabras.

La pregunta que se intentaba responder era la siguiente: ¿Los rasgos tiempo-frecuencia de los potenciales podrían diferenciar las dos categorías clínicamente seleccionadas (C y U) en función de que las palabras hayan sido presentadas supraliminal o subliminalmente? Los resultados apoyaron una respuesta positiva a la pregunta en la medida en que el cerebro exhibía patrones específicos de actividad eléctrica que convergían con las hipótesis psicológicas postuladas. Para las palabras inconscientes, que constitúan únicamente una categoría para el psicoanalista, las respuestas cerebrales del sujeto eran aleatorias cuando las palabras se le presentaban supraliminalmente, pero exhibían un mismo patrón característico cuando eran presentadas subliminalmente. Es decir, sólo ante la presentación subliminal el cerebro respondía como si "clasificara" dichas palabras en una misma categoría, coincidiendo con la hipótesis del clínico.

Ahora bien, en la discusión de estos resultados, son los propios autores quienes desarrollan un argumento que tiene consecuencias directas en apoyo a la posición previamente sugerida. Para discutir si la actividad neurofisiológica detectada ante la presentación de las palabras U, debe considerarse como un marcador de estados psicológicos o no, parten de una distinción general entre niveles psicológicos y niveles neurofisiológicos de los fenómenos estudiados. El nivel psicológico implica percepciones, recuerdos, sentimientos, deseos, sentimientos, etc.; todos los cuales encontramos en nuestra experiencia consciente cotidiana. El nivel neurofisiológico refiere a las activaciones y funciones de nuestro sistema nervioso.

Cuando un sujeto percibe una palabra, se activan su retina, su nervio óptico y la zona posterior de su cerebro donde se ubica la corteza visual. El acto perceptivo, produce una representación del objeto percibido. La percepción es siempre "sobre algo" y este algo sería el contenido mental del acto perceptivo. Ahora bien, "... a menos que suscribamos el dualismo mente-cuerpo, el contenido mental, la "sobreidad" [aboutness] del acto perceptivo, también debe tener una instanciación o substrato neurofisiológico." (p.265).

Sin embargo, si sólo los estados conscientes son considerados psicológicos en virtud de "ser sobre" algo, muchos negarían la existencia de estados mentales inconscientes, ya que los

procesos neurofisiológicos que no se acompañan de consciencia no pueden ser “sobre” nada y ésa es precisamente el rasgo que les da carácter psicológico. Desde este punto de vista, continúa el argumento, los patrones de la actividad eléctrica cerebral encontrados en la investigación deberían interpretarse únicamente como los efectos neurofisiológicos de la presentación subliminal de las palabras U, no como “siendo sobre” o representando su significación dinámica y conflictiva.

Sin embargo, los rasgos tiempo-frecuencia encontrados en los potenciales evocados, son considerados por los investigadores como marcadores que indican la presencia de aquellos procesos neurofisiológicos que constituyen la representación del estado mental inconsciente hipotetizado. Y agregan: “Estas representaciones serían causales y, al mismo tiempo, constituirían un nivel psicológico de explicación. Por estas razones, es esencial hablar sobre un inconsciente psicológico encarnado en procesos neurofisiológicos aún desconocidos pero para los cuales hemos descubierto ciertos útiles marcadores” (p. 265).

Los autores señalan que, en estos casos, defender la idea de que el nivel neurofisiológico no consciente carece de representaciones con un contenido específico, implicaría concebir estos resultados según relaciones entre los estímulos psicológicos y sus efectos o bien como un arco reflejo o bien en términos disposicionales. Sin embargo, continúan, estas alternativas no logran acomodar la complejidad de las relaciones entre estímulos y respuestas. De hecho, por ejemplo, ambas alternativas fracasan en dar cuenta de los efectos de estímulos subliminales ampliamente documentados en estudios de priming:

Los sujetos en tales estudios, por ejemplo, deciden que “doctor” es una palabra, más rápidamente si es precedida por el estímulo subliminal “enfermera” que si es precedida por una palabra no relacionada. Para explicar este efecto, es necesario asumir que los procesos neurofisiológicos activados por la palabra subliminal “enfermera” significaban o representaban el significado de la palabra en el mismo momento en que influenciaba la lectura de la palabra “doctor”. En su aspecto de evento representacional, el proceso neurofisiológico activado subliminalmente no es diferente psicológicamente de un proceso neurofisiológico activado supraliminalmente. (Shevrin et al, 1996, p. 266).

Esto es, para decirlo a la inversa: el proceso neurofisiológico activado subliminalmente, siendo por ello no consciente, no es diferente en su aspecto psicológico —es decir en su contenido intencional específico— de un proceso neurofisiológico activado supraliminalmente.

El mismo razonamiento utilizado para los fenómenos de priming, es aplicado por los autores a fenómenos tales como los lapsus. Así, ellos analizan un lapsus cometido por uno de los sujetos estudiados. En el contexto de una entrevista, el terapeuta le comunica a su paciente que pronto saldría de vacaciones y debería cancelar las sesiones. Luego, al comentar este hecho, el paciente intenta conscientemente decir “cancelar” pero dice “cancerar”. En el contexto clínico de la sesión, era claro que el paciente estaba muy disgustado con la cancelación de las sesiones. La hipótesis es que inconscientemente, su odio activó la representación fonéticamente similar “cáncer”. Al mismo tiempo, la representación inconsciente “cáncer” influenció la activación consciente “cancelar”, resultando así el lapsus. Lo que se sostiene, es que la activación inconsciente de la representación “cáncer” actuó como un prime internamente generado, afectando el resultado de la activación consciente de la representación “cancelar”.

No es suficiente considerar procesos neurofisiológicos subliminalmente activados meramente como disposiciones; ellos son completamente representacionales (i.e. psicológicos) como lo son los procesos neurofisiológicos supraliminalmente activados y su aspecto representacional hace posible comprender cómo los procesos inconscientes pueden afectar simultáneamente procesos conscientes de maneras psicológicas significativas (Shevrin et al, 1996, p. 266).

Según creemos, parece razonable sostener que estos argumentos sobre la manera de considerar los resultados empíricos obtenidos en investigación de fenómenos de priming, tanto como los obtenidos en neuropsicoanálisis, sugieren la plausibilidad de la existencia de EMIs entendidos como estados cerebrales sin subjetividad, pero con intencionalidad intrínseca en el mismo momento en que son inconscientes.

4. Conclusiones

Según el Principio de Conexión de Searle, sólo un ser capaz de tener estados intencionales conscientes puede tener estados intencionales y todo estado intencional inconsciente es, al menos, potencialmente consciente. Siguiendo este Principio Searle sostiene que la noción psicoanalítica de EMI sería adecuada, aunque rechaza la idea freudiana de considerarlos como manifestando intencionalidad intrínseca en el momento en que son inconscientes. Este rechazo tiene su raíz en el supuesto de que la intencionalidad requiere subjetividad.

Sin embargo, nada en la noción de intencionalidad requiere que se aplique únicamente a estados que se acompañen de un sentimiento subjetivo; para que un estado sea intrínsecamente intencional no se requiere necesariamente de "alguien" para quien dicho estado tiene un contenido específico. Así, un estado podría ser intrínsecamente intencional sin tener una ontología subjetiva ni un acceso epistémico objetivo.

La postulación de tales estados, que ha sido conceptualizada y defendida desde siempre en psicoanálisis, encuentra apoyo indirecto en las investigaciones empíricas de fenómenos de priming y en aquellas desarrolladas en neuropsicoanálisis. Los resultados de estas investigaciones sugieren que los estados cerebrales que consideramos mentales poseen contenidos específicos en el mismo momento en que son inconscientes.

Referencias

- Freud, S. (1915), *Lo inconsciente*, OC, Tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, pp 2061-2082.
- Searle, J. (1992), *The Rediscovery of the Mind*, Cambridge Mass., The MIT Press. [El redescubrimiento de la mente, Crítica, Barcelona, 1996.]
- (1995), "Consciousness, Explanatory Inversion and Cognitive Science", en C. Macdonald & G. Macdonald (eds.), *Philosophy of Psychology Debates on Psychological Explanation*, vol. I, pp 331-355.
- Shevrin, H. et al (1996), *Conscious and Unconscious Processes. Psychodynamic, Cognitive, and Neurophysiological Convergences*, The Guildford Press, New York.